

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Creciendo en la fe con Jesús -
De la vida de Juan el Bautista (parte 1)
(15 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

LUCAS 1:5,57-63

Juan nació en el tiempo del rey Herodes. Este reinó bajo el régimen romano en la provincia de Judea en el país de Israel (37 – 4 d.C.). Su título “el Grande” lo consiguió por su diplomacia política y sus grandiosas obras de construcción: la renovación del templo en Jerusalén bajo tremendos costos pero con inmensa hermosura, el nuevo sistema de tubería de agua en Jerusalén, la fundación de nuevas ciudades, la construcción de la fortaleza “Mazada” en la cercanía del Mar Muerto, la construcción del palacio herodiano en el sur de Jerusalén y la renovación de su palacio en Jerusalén. ¡Qué megalomanía! Además tenemos que mencionar su vida libertina, la ejecución de tres de sus hijos* y el impasible asesinato de incontables bebés y niños pequeños (comp. Mt.2:7,8,13-18).

Como “medio judío” y amigo de Roma, Herodes ofendía a cada paso la conciencia religiosa de los judíos piadosos. El pueblo judío que ya hace siglos vivía opresión política, anhelaba un regente justo y piadoso. Muchos esperaban al Mesías de Dios, ya por tanto tiempo prometido. (Comp. Lc. 2:25-32,36-38.) De Él esperaban liberación de temor y dominación extranjera y el victorioso y real gobierno de Dios en la tierra.

Cuando Dios ve que el tiempo está cumplido, Él mismo llegará a su pueblo oprimido y le ayudará. “Pondré a salvo al que por ello suspira” (Sal. 12:5b; lea Sal. 102:13; Is. 49:8-10; Jer. 29:10-13; Nah. 1:7; Gá.4:4). No hay ni hora ni día que fuere tan oscuro, desconsolado y pesado que Dios no pudiera encontrar un camino de salvación. (Lea Éx. 14:13,14; 2.Cr. 20:15-17,29,30; Dn. 6:26b,27; 2.Ti. 4:16-18.)

“La hora de nuestro fracaso es la hora de la enorme cercanía de Dios, Él no está lejos de nosotros”. (D. Bonhoeffer).

*Esto se sabe de fuentes extra bíblicas



Día 2

Lucas 1:5,6; Deuteronomio 10:12,13

Observemos la casa paterna de Juan el Bautista. El padre Zacarías era sacerdote de profesión, de la clase de Abías. El rey David en su tiempo dividió a los sacerdotes en veinticuatro grupos (1.Cr. 24:3ss). Cada uno era responsable para servir dos veces al año por ocho días en el templo. Zacarías no pertenecía al grupo sacerdotal de los líderes, pues ellos eran los primeros en el servicio. Zacarías pertenecía al grupo octavo (1.Cr. 24:10). Él era casado con Elisabet, que también procedía de una familia sacerdotal.

Con este matrimonio Dios hizo historia. Para Él no es importante si uno tiene una posición de liderazgo o una inferior. Decisivo es el amor y la fidelidad hacia Él y a Su Palabra. Esto podía encontrar Dios en Zacarías y Elisabet. Ellos querían vivir según la voluntad de Dios. “Bienaventurado el varón que en la ley de Jehová tiene su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas que da su fruto en su tiempo” (Sal. 1:1 a,2,3; Jos. 1:8; Jer. 17:7,8).

La orientación precisa en la Palabra de Dios llama aun más la atención, cuánto la impiedad del mundo alrededor es mayor. Respecto a la manera impía de vivir de aquel entonces, no debemos pensar solo en el rey Herodes y sus ministros y partidarios. Comentarios extrabíblicos mencionan que “contra las clases de los sacerdotes se habían levantado muchas acusaciones” (Strack-Billerbeck).

El pecado no se para delante de las puertas de los corazones de gente que una vez había decidido vivir para Dios. (Comp. Nm.12:1-10; 2.S. 11:1-5; Ez. 34:1-11; Hch. 5:1-11.)

Zacarías y Elisabet permanecieron fieles a Dios. Seguramente ellos se habrán animado mutuamente y probablemente oraron juntos y habrán meditado en la Palabra de Dios, compartiendo uno con el otro. La comunión personal con Dios y unos con otros otorga la fuerza para resistir a la maldad (lea 1.Ts. 5:11; He. 3:13,14).



DÍA 3

LUCAS 1:7; GÉNESIS 18:10-13

En el matrimonio de Zacarías y Elisabet no salió todo como ellos lo deseaban. La falta de hijos era una carga que pesaba mucho sobre ambos. Por muchos años habían orado para tener hijos. Como en aquel tiempo Sara y Ana, también Elisabet sufrió mucho por esta situación (Gn. 11:30; 1.S. 1:10,11). Finalmente los esposos Zacarías y Elisabet ya no podrían tener hijos por su edad avanzada.

A veces Dios exige de sus hijos cargas muy pesadas. Nosotros no entendemos los pesamientos de Dios en su totalidad y muchas veces nos cuesta aceptarlos. Sin embargo, podemos y debemos aprender a expresar una y otra vez nuestra confianza en el Dios Todopoderoso. Él es y sigue siendo completamente confiable. (Lea Gn. 18:14; 21:1,2; Sal. 94:19; Jer. 32:17-23a,27; Dn. 9:18-23.) Mientras Dios nos enseña las lecciones de confianza, nos protege para no guardarle rencor y de la resignación. Así Él prepara a sus hijos para nuevos caminos.

Zacarías y Elisabet deberían reconocer que en medio de su angustia por no tener hijos, Dios quería manifestar un maravilloso plan. “Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan” (Lc. 1:13).

Quiero reflexionar ante el Señor: ¿Cuál paso concreto de confianza debo dar hoy? Sugerencia: Anote del lado izquierdo de una hoja sus aflicciones y escriba al lado derecho una promesa de Dios. Después pregúntese: a. ¿Estoy dispuesto a confiar en mi Dios, aún en el caso, cuando aparentemente no ha escuchado las muchas oraciones? Quiero recordar: Si Dios no ayuda a *salir de* la necesidad, Él con seguridad ayuda *en* la necesidad (Sal. 91:15; Is. 43:2; Sal. 23:4). b. ¿Por qué es necesario una y otra vez expresar al Señor mi confianza personal en Él? Leamos con especial atención el Sal. 73.



Día 4

LUCAS 1:13-25; GÉNESIS 18:1-14

Durante el tiempo de la oración en el templo, el ángel Gabriel anunció a Zacarías lo que Dios quería hacer a favor de él y de su mujer (Lc. 1:8-17). Como en el tiempo de Abraham, el Señor no cumplió al matrimonio solo un deseo personal. Él tenía ante todo un propósito espiritual con el nacimiento de su hijo. El hijo de Zacarías engendrado con fe debería llamar al arrepentimiento, en el poder del Espíritu Santo, al infiel pueblo de Dios y anunciar un nuevo tiempo, el tiempo de la gracia de Dios para todo el mundo: "... para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lc. 1:17; lea Lc. 1:76-79).

Los propósitos espirituales se logran por caminos espirituales. Lo importante es que demos pasos de confianza, uno tras otro. El sacerdote Zacarías conocía el camino de confianza junto al Señor. Pero ahora desconfiaba a la divina promesa, aunque conocía perfectamente las historias bíblicas. De pronto le dio lugar a la duda, en lugar de vencerla con la ayuda de Dios. Por eso el sacerdote anciano y experimentado tuvo que sentir hasta en lo físico (v.20) que Dios reaccionó por sus dudas: Zacarías quedó mudo. Esto es duro, pero tiene efecto curativo.

El actuar de Dios es una señal de su corazón que en su amor se ocupa de las personas con problemas y falta de confianza y a la vez ofrece la oportunidad para un nuevo comienzo. Zacarías debería reconocer y experimentar que el Señor, al que conocía ya hacia tanto tiempo, tiene todas las posibilidades para obrar cambios en sus agotadas fuerzas vitales. Así aprendieron los labios mudos nuevamente que la fe significa: Dios puede. ¡Es cierto, Dios puede! Nada es imposible para Él. ¡Usted puede tenerle confianza! (Comp. Dn. 3:16-18; Sal. 66:8-12.)



Día 5

LUCAS 1:24,25,57-66

Como en aquel tiempo en la carpa de Abraham, ahora en la casa de Zacarías reinaba sobreabundante regocijo, cuando los padres tuvieron al pequeño Juan en sus brazos. Específicamente Zacarías y Elisabet confesaron el actuar maravilloso de Dios en sus vidas y su plan para con el hijo: “Juan es su nombre”, esto lo afirmaron decididamente. “Juan” estaba escrito sobre la tablilla. Un acto pequeño. Pero justo lo correcto. Nada especial, pero para Zacarías un hecho con consecuencias especiales: “Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios”. El Señor, que soltó la lengua, también suelta el nudo de la desconfianza y falta de fe, si le dejamos a Él todo lo que nos confunde.

Probablemente Zacarías en algún día habría dicho: ¿Cómo podía ser tan necio de desconfiar en Dios? Quizás en el silencio, pero quizás también públicamente habría pedido perdón al Señor.

La fe no solo tiene un lado de adentro, sino también uno de afuera. A Dios le importa que en el momento preciso nos pongamos de su lado y confesemos que queremos hacer su voluntad. ¿Acaso nuestro corazón no se reaníme y se regocije, para que también nosotros, como Zacarías, alabemos y honremos nuevamente al Señor? (Lea Sal. 9:1,2; 26:7; 40:9,10; 96:1,2; Ro. 10:10,11.) Entonces nuestra vida será un reflejo de la fidelidad de Dios y su bondadosa ayuda.

Sobre la tablilla estaba escrito nada más que “Juan”. Traducido quiere decir: “el Señor es bondadoso, el Señor da gracia”. Este nombre ordenado personalmente de Dios mismo encierra el singular programa de rescate para toda la humanidad. Para eso Juan debería preparar a sus contemporáneos. Pero antes de que Dios le podía confiar esa importante tarea, Juan debería estar dispuesto para la preparación: “Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc. 1:80).



Día 6

LUCAS 1:67-80

Desde el principio la buena mano de Dios estaba sobre Zacarías y Elisabet. Esa guiaba al matrimonio a través de situaciones buenas y difíciles, hasta el cambio sorpresivo, el regalo del hijo. Bajo la mano de Dios el niño debía crecer para ser el que prepara el camino del Mesías (Lc. 1:76b). A esto corresponde la conmovedora alabanza de Zacarías. Ahí percibimos algo del ambiente de la casa paterna en la que Juan vivía y era educado.

La canción de Zacarías irradia esperanza y una fe poderosa. Como él mismo maduró en la escuela divina para aprender confianza, puede educar a su hijo según el modelo de Dios. Los padres habrán orado por su hijo y con él y también habrán cantado himnos con él. Una y otra vez habrán contado y explicado a Juan la historia de Dios con su pueblo. Cuántas veces habrán meditado y hablado entre la familia acerca de la Palabra de Dios y las muchas señales al venidero Mesías y su precursor (comp. Lc. 1:39-56.)

Cuando una familia se orienta por la Palabra de Dios, puede crecer mucho la confianza en Él y entre los miembros de la familia, además de gozo, amabilidad y honestidad. (Lea Dt. 5:32 - 6:9; Sal. 19:7,8; 119:11,165; Jer. 15:16; Neh. 8:8-12; 12:43; Col. 3:16.) La Palabra de Dios y la oración moldearon la vida de Juan. Él no solo crecía de ser niño a hombre, sino también a ser un hombre de Dios.

Cierto día Dios lo sacó del ambiente familiar y de sus amistades a la soledad del desierto de Judea. Él tuvo que despedirse, dejar atrás lo conocido y soltar las seguridades. El Espíritu Santo aconseja y guía a los hombres de Dios adonde deben ir y cuales tareas cumplir.

Yo me pregunto: ¿Debo dejar atrás algo, para estar a disposición del Señor, estar libre para Él y los hombres? Esto no será pérdida, sino ganancia: Fil. 3:7-14; Sal. 31:3; 32:8-11; 43:3; Pr. 4:11.



Día 7

LUCAS 1:80; 3:1,2

En la soledad y escasez del desierto de Judá, en esa zona despoblada de la orilla oeste del Mar Muerto, vivía Juan escondido y separado de toda publicidad. Como en aquel tiempo, Moisés fue preparado en el desierto de Madián para “la misión del éxodo” (Éx. 2:21-3:10), así Juan para “la misión de preparar el camino” y poco después Pablo, para “la evangelización del mundo”. (Comp. Hch. 7:29,30; Gá. 1:11-18).

En el aislamiento del desierto Juan crecía y maduraba para llegar a ser “profeta del Altísimo” y “precursor” del Mesías (Lc. 1:76). ¿Cuál fue su escuela? ¿Qué estudio tuvo? ¿Cuál profesión aprendió? De todo esto no leemos nada. ¿Acaso una preparación profesional no vale? ¡No!

Para muchas personas la situación de no tener un lugar de trabajo es muy difícil. Tener que esperar se hace a veces muy penoso. Sea cual fuere nuestra situación, Dios quiere tomarnos en su servicio. También cuando nosotros nos sentimos incapaces o impotentes. Él quiere utilizar nuestras capacidades naturales y nos otorga dones de las riquezas de Su gracia. (Comp. Éx. 31:1-11; Ro. 12:6-8; 1.Co. 15:58; Ef. 4:11,12; 1.P. 4:10.)

En el silencio y el aislamiento de la intensa actividad diaria puede crecer nuestra entrega al Señor, a Su voluntad y Su programa de nuestro ministerio. “Desde el rincón de oración uno puede tranquilamente presentarse en el escenario público. La solitaria ocupación de la Palabra de Dios y la oración prepara y fortalece para la lucha. El Espíritu Santo es el profesor, mucho mejor que hombres podrían serlo. Lo que se aprende ahí, ningún diablo nos lo puede quitar” (según F. Rienecker).

Yo me examinaré: ¿En mi vida están correctas las prioridades que Jesús enseñaba y vivía: El recogimiento es antes de ser enviado, el escuchar tiene que ser antes de el hacer? (Lea Mr. 1:35; 3:14; Lc. 10:39-42.)



Día 8

LUCAS 3:1-3; 1.Reyes 17:1,4

El tiempo de preparación para ser “profeta del Altísimo” Dios mismo lo termina: “Vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías”. Estas palabras de llamamiento y comisión se parecen mucho al llamado de los profetas del Antiguo Testamento. Por ejemplo: Jon. 1:1,2; Mi. 1:1; Sof. 1:1; Jer. 1:1-8; Ez. 1:1-3; Hag. 1:1; Zac. 1:1.

La iniciativa siempre sale de Dios, cuando comisiona a personas para el ministerio. Aunque hay algunos que se auto denominan y se jactan con sus capacidades (2.Co. 10:12; 3:1; Ro. 12:3), pero esto no es necesario para los colaboradores de Dios. Es un tremendo alivio el saber que es Dios el que llama. Dios capacita. Dios da la autoridad espiritual. Él toma la responsabilidad y guía y cuida de sus mensajeros. Nunca el mensajero debe forzar una puerta para el servicio. Esto quiere hacer el Señor. (Lea 1.Co. 16:9; Col. 4:3; Ap. 3:8.)

Juan el hijo de Zacarías estaba dispuesto para el servicio del Señor. El llamado de Dios llegó en un tiempo bien determinado. El llamado acontece en la historia: El emperador era Tiberio César (14 – 37 d.C.) sobre el imperio romano. Su “decimoquinto año”, habrá sido el año 28/29 d.C. También en Israel cambiaron las autoridades: Poncio Pilato era desde el año 26 d.C. gobernador de Judea y Samaria; Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, reinaba sobre Galilea y Perea (zona este del Jordán), y su hermano Felipe era tetrarca de Iturea y Traconite (norte de Palestina) y un Lisaniás gobernaba la zona entre el Hermón y el curso superior del río Jordán. Los líderes espirituales de los judíos eran el sumo sacerdote Anás (ya jubilado) y Caifás su yerno.

Los altibajos de la vida y los cambios radicales o crisis y sufrimientos son posibilidades nuevas para difundir la Palabra de Dios (Hch. 8:1,4).



Día 9

Lucas 3:1-6; Mateo 3:1-6

Los tiempos habían cambiado, pero no la Palabra de Dios. La situación política se había puesto más difícil, por eso muchas personas del pueblo de Israel estaban tensionadas, irritadas y temerosas, pero también abiertas para el hablar de Dios. En este tiempo vino Juan “a la región contigua al Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados”. Como hombre de Dios, que conocía Su Palabra y su propio corazón, Juan conocía la profunda necesidad de la gente: su culpa por el pecado delante de Dios.

Algunos hablan de un “delito de caballero”, otros de una “equivocación”, o un “punto débil”. Algunos opinan: “Verdaderos pecadores son los mentirosos y engañosos, los desconsiderados y fríos delincuentes”.

Pero la Biblia muestra una verdad muy diferente: El pecado no es cuestión de los muy malvados. Tampoco es una pequeña y desagradable mancha del aparente “chaleco blanco”. El pecado no es una característica, sino una esclavitud, uno está preso en sí mismo, en egoísmo, celo, odio y codicia. El pecado es la catástrofe de todas las catástrofes (comp. Is. 59:2,3,10-15; Ro. 6:23).

Los hombres de todos los tiempos están involucrados en esta muerte catastrófica, si lo saben o no, si lo creen o no. La Palabra de Dios nos dice sin lugar a dudas la verdad: Gn. 8:21b; Job 14:4; Sal. 14:1-3; 53:3.

Juan aceptó esta verdad y la hizo conocer entre los hombres. Se puede decir que él hizo alarma de catástrofe. Pero también mostró el camino de rescate de la aislación a la comunión con Dios y una nueva calidad de vida. ¡Qué chance, poder evitar la muerte catastrófica! “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1.Ti. 2:4; comp. Ez. 33:10,11).

Pero Él no obliga a nadie a hacer Su voluntad. Es cuestión de nosotros si queremos ser salvos. La aceptación personal de la voluntad salvadora de Dios es el camino “preparado”, el camino “enderezado”, en el cual Dios se acerca al hombre con la reconciliación. ¡Qué tremenda verdad dice Mi. 7:18,19!



DÍA 10

LUCAS 3:3-9; JUAN 3:27,5; COLOSENSES 3:16,17

Las predicaciones de Juan calaban bien profundo. Los hombres se juntaron a grandes multitudes junto al río Jordán y escucharon con toda atención. Ellos abrieron su corazón a la Palabra de Dios y se decidieron comenzar una nueva vida. Ellos confesaron sus pecados y pidieron el bautismo como visible señal de su nueva pertenencia a Dios: Cada bautizado estaba dispuesto a orientar su vida según la voluntad de Dios.

¿Puede ser que envidiamos un poco los logros de Juan el Bautista, por las multitudes que llegaron a él? ¡Miremos un poco más allá! Es bueno que meditemos en la manera cómo Juan predicaba la Palabra de Dios y aprendamos de él. Podemos reconocer tres características:

a. *Juan predicaba fielmente según la Palabra de Dios.* Lo vemos de forma especial en Lc. 3:4-6 y Jn. 1:29. Naturalmente el Bautista conocía solo en Antiguo Testamento, y esto lo conocía muy bien. Se habrá tomado mucho tiempo para leer y meditar las Escrituras, y para la oración. Algunos pasajes conocía de memoria (comp. Sal. 37:30,31; 119:11).

Personas que conocen bien la Palabra de Dios, que la tiene y guardan en su corazón y viven de acuerdo, son como una Biblia abierta, en la cual otros pueden leer (comp. 2.Co. 3:2,3).

El fundamento de la predicación del Bautista se basaba aparte del conocimiento bíblico en la confianza a la verdad y credibilidad de la Palabra de Dios. Nosotros también podemos confiar en la Biblia y su amplio poder y eficacia. Su Palabra puede ser como un golpe de martillo y romper falsas imaginaciones acerca de Dios y del mundo, del vecino y de la propia persona (Jer. 23:29).

Cuando se quiebra lo viejo, pensamientos duros y poco cariñosos, palabras y hechos, entonces por el poder de la Palabra de Dios puede crecer algo nuevo (Is. 43:18-21).

Entonces la bondad y el amor de Dios, Su gloria, santidad y pureza tendrán más lugar en nuestra vida. (Lea Sal. 119:105; 2.P. 1:19,20; 2.Ti. 3:15-17; Gá. 5:22.)

Día 11

LUCAS 3:7-9,18

b. *Juan predicaba la verdad.* Aquel que aprende a ver las personas como Dios las ve, que las quiere amar como Dios las ama, les dice amablemente la verdad. El no callará la verdad bíblica, no la torcerá ni le restará importancia. Juan usaba palabras fuertes como “generación de víboras”, “ira venidera”, “piedras”, “el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles”, “fuego”: todas estas expresiones pertenecen a la predicación de juicio y llamado al arrepentimiento. Juan habló claramente que cada hombre, independientemente de su origen y educación y posición, no tiene a Abraham como padre, ni a Dios, sino al “padre de la mentira”, a Satanás, el mayor enemigo de Dios y de los hombres. (Comp. Gn. 3:13-15; Mt. 12:34; Jn. 8:44; Ap. 12:9.)

Respecto a Dios no importa la pertenencia a un grupo religioso, ni tradiciones piadosas, sino la decisión personal de dejar la vieja vida y un giro decisivo hacia Dios. A Él es posible transformar personas endurecidas en tradiciones y por el pecado a hijos de Dios llenos de nueva vida. Pero aquel que no quiere dirigirse por nada hacia Dios, pensando que puede arreglarse solo, se enfrentará con la ira de Dios y Su juicio. A este se cortará la ‘raíz’ de la vida, y perderá su vida como un árbol cortado, que será echado al fuego. “¿Qué valor tiene una llave dorada, si no puede abrir la puerta a la verdad?” (Augustino).

¡Qué bueno que Juan habla claramente de esta ardiente verdad! Pues el que reconoce la profunda seriedad de su situación ante Dios, se abrirá para la grandiosa y eterna salvación que Él ofrece a todo hombre. Así la predicación del Bautista apuntaba a Jesús, el Salvador del mundo. Jesús es “la bondad de Dios y su amor para los hombres” en persona (Tit. 3:4,5; 2.Ti. 1:9; Jn. 3:16-21).



Día 12

Juan 1:29,35,36

c. *Juan predicó cristocentrico.* La pregunta más importante que cada persona tiene que aclarar para sí personalmente es esta: “¿Qué significa Jesucrito para ti? ¿Quién es para ti?” Para muchos Jesús no significa nada. “Dios sí, pero ¿Jesús, para qué?”

Juan contestaba esta pregunta. Él llegó a tener completa claridad por Jesús. Él es “el Cordero de Dios”. Con esta palabra figurativa Juan hace recordar la noche de liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto: Éx. 12:1-14.

Cada poste y dintel de las puertas de las casa de los israelitas debía pintarse con la sangre del cordero inmolado y sin defecto alguno. Entonces el ángel del juicio pasaría y no tocaría a los primogénitos de cada familia. Además cada familia debía comer la carne del cordero asada en forma apresurada y salir de Egipto. Una vida totalmente nueva comenzaba.

Cuando Juan menciona a Jesús como el Cordero de Dios, quiere decir: La humanidad esclavizada por el pecado será liberado por la muerte sustituta de Jesús y no será condenado y podrá tener una vida completamente nueva.

¿Quién es Jesús? Él es el perfecto sustituto, que toma sobre sí voluntariamente el castigo por nuestros pecados. Diciéndolo personalmente: Jesús muere por mí, en mi lugar, para que yo no tenga que permanecer con la carga de mi pecado y por eso perecer eternamente. “Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados” (Is. 53:5 NVI).

En He. 9:11-15 y 1.P. 2:22-25 se nos informa aun más acerca del regalo de la salvación por Jesús, el Mesías de Dios. Se nos ofrece un océano de amor y liberación por medio de Jesús. Saquemos de ahí todo lo que necesitamos para vivir como liberados en un mundo de problemas y muerte. (Lea Lc. 1:74,75.)



Día 13

Juan 1:15-18,30-34

¿Quién es Jesús? ¿Un buen hombre? ¿Un ejemplo ideal? ¿Un profeta impresionante? En nuestro tiempo de muchas mezclas religiosas y muy poco conocimiento bíblico, podemos aprender de la predicación cristocéntrica de Juan: Jesús tiene otra historia que nosotros los humanos. Él es el Hijo de Dios, que siempre existía. En la eternidad *antes* del tiempo, antes que Dios hizo historia con el mundo, Jesús ya estaba (lea Jn. 1:1,2). Así que Jesús no viene *de* la historia como cualquier hombre, sino de la eternidad *a* la historia. Cuando Él vino a nosotros, al mundo, llegó a ser un verdadero hombre, por el poder del Espíritu Santo (Lc. 1:35; Fil. 2:6,7). Él es “verdadero Dios y verdadero hombre” en *una* persona. ¡Qué misterio singular!

Aunque Juan era pariente de Jesús (Lc. 1:36), al comienzo él no lo sabía. Dos veces el Bautista confiesa: “Yo no lo conocía” (Jn. 1:31,33) pero después Dios se le reveló. El Señor, que lo comisionó bautizar con agua le dijo: Cuando veas a uno, sobre el cual se posea visiblemente el Espíritu de Dios, sepa entonces: Este es Aquel, quien bautiza no con agua, sino con el Espíritu Santo. Cuando Jesús cierto día llega a Juan junto al Jordán, para bautizarse (Mt. 3:13-17), para llevar sobre sí el pecado de todos los hombres, el Bautista tenía toda la certeza: “Éste es el Hijo de Dios”.

¡Qué alentador!: Dios no espera de nadie una fe perfecta. La fe es algo creciente y Dios mismo otorga el crecimiento. Él quiere que podamos conocer y amar cada vez más al “Autor y Consumador de la fe” (He. 12:2; Fil. 3:10,11). Podemos orar una y otra vez: Señor Jesús, hazme ver en mi vida diaria con sus preocupaciones y aflicciones tu gloria (lea Jn.11:40; 2.Co. 4:17,18; 5:7; 1.P. 1:8; 1.Jn. 3:1-3).



DÍA 14

LUCAS 3:15-18

La predicación cristocéntrica de Juan nos da aún otro aspecto, que quizás nos extraña: De que Jesús es el “más poderoso” para Juan, el que irradia dignidad majestuosa y alteza divina, podemos entender. Que “el Cristo” es aquel que bautiza con el Espíritu Santo (v.15,16) también podemos confirmar (Jn. 7:38,39; 16:7; Hch. 1:5; 2:1-4,33). Pero que Jesús con su venida al mundo hiciera una completa separación entre los hijos de este mundo y los hijos de Dios*, esto dificulta la comprensión del Mesías que el Señor mismo demostró a sus contemporáneos. Aunque Jesús ha hablado varias veces de su poder judicial que le fue dado siendo el Hijo del Hombre mesiánico (Mt. 25:31ss; Jn. 5:26-29).

Pero en primer lugar Él vió como su cometido el hecho de perdonar a los pecadores, sanar a enfermos, liberar a los endemoniados, el hacer ver el amor paternal de Dios a pobres y despreciados como también a los ricos y educados y de invitarlos a todos a la liberadora presencia de Dios. Jesús no vino para condenar a los hombres, sino a salvarlos. (Lea Lc. 19:10; 5:32; 1.Ti. 1:15.) “En Dios encontramos una inmensa fuerza de voluntad de salvar al hombre, si el hombre quiere ser salvado” (J.C. Ryle).

Este maravilloso evangelio debería aún recibir pies que corren por todo el mundo para difundir con manos, boca y corazón este feliz mensaje de “Cristo el Salvador”. Así lo mandó el Señor al final de su servicio terrenal: Mt. 28:18-20; Hch. 1:8.

Esta amplia visión misionera Juan el Bautista aún no tenía, aunque conocía muy bien las grandes profecías de Isaías, por ejemplo de Is. 40:5 y 42:1,6,7. Él iba a tener más adelante una profunda crisis de fe. También el conocimiento de un gran profeta aun es un conocimiento parcial (1.Co. 13:9,10). Sin embargo: Dios utilizó a Juan y nos usa también a nosotros a pesar de imperfecciones, para que seamos bendición para otros.

*De esto habló figurativamente en Lc. 3:17.



Día 15

Lucas 3:8-14; Santiago 2:17

Habíamos preguntado por las características de la predicación de Juan y encontramos: Juan predicaba fielmente la verdad y cristocéntrico. A este predicador en el desierto le importaba mucho que sus palabras tocaran la vida práctica. “El Dios de la Biblia dirige su vista a la práctica. Para experimentar algo de Él no hace falta que salgas de los problemas de este mundo a esferas más altas. Allí no encontrarás nada. Ya ves de qué ambiente tratan las historias bíblicas, van directo al centro de la vida diaria de nuestros problemas” (T. Lehmann).

Al Señor le importa una vida que trae “buenos frutos”. “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”, predicó Juan (v.8). Mostrad con vuestros hechos que vuestro arrepentimiento es serio. No importan dichos piadosos, sino obediencia humilde, que nace del amor de Dios y que también se alimenta de esta fuente, para sí mismo y para otros.

Debería “darse un disparo” en nuestras iglesias para que se difunda el amor práctico y desinteresado de Dios. El amor de Dios nos otorga dirección y medida. ¿Cómo se realizará concretamente?

Juan aconsejó a sus oyentes de forma pastoral: Los pudientes, los que en aquel tiempo tenían dos túnicas y suficiente alimentos, deberían repartirlos con los necesitados. Los publicanos, en aquel tiempo muy despreciados como engañadores y colaboradores de Roma, deberían actuar con responsabilidad y justicia. Los soldados, en aquel tiempo temidos por su brutalidad y codicia, deberían actuar con equidad y aprender a ser pacíficos y contentarse con su salario. Los que se arrepintieron no tenían que dejar sus profesiones sino sus pecados profesionales.

En cada lugar de trabajo, en cada posición y situación, en familia, amistad, vecindad e iglesia vale “la fe que obra por el amor” (Gá. 5:6). “Señor muéstrame lo que debo hacer y ayúdame a ser obediente”. En Is. 58:1-13 y 1.Co. 13:1-7 encontramos sugerencias prácticas.


